

NAO CHICUREO  
HERMANDAD DE LA COSTA - CHILE  
ZAFARRANCHO DE OCTUBRE DEL 2020.  
TRAZADO DE RUMBO

EL MAR, SIMBOLO DE LIBERTAD

Jorge Schaerer Contreras, Rol N° 713, aka Tai Fung

No cabe duda de que una profunda conexión biológica une al ser humano con el mar. Esta nace del agua y del espacio. Del agua, porque su percepción por los sentidos cuando caminamos o nos detenemos junto al mar, especialmente la vista y el oído, automáticamente desencadenan un flujo de neurotransmisores que producen una sensación de bienestar, y un estado de ánimo levemente meditativo. Esta reacción emocional instintiva, separada de las respuestas cognitivas y racionales, probablemente se debe a que estamos conscientes que de su capacidad para disolver una variedad de moléculas, como el oxígeno y los nutrientes, depende nuestra vida y la de todo lo demás. Cuando nacemos, aproximadamente el 78% de nuestro cuerpo es agua. A medida que envejecemos ese porcentaje disminuye, pero nuestro cerebro continúa estando constituido en un 80% por agua hasta el fin de nuestros días. Ello llevó al antropólogo estadounidense Loren Eiseley, a describir al ser humano como “la manera que ha encontrado el agua para llegar más allá de la orilla”. También puede ser causada por la memoria genética del lapso que estuvimos sumergidos en líquido amniótico, o recuerdo de que, según se sabe, el origen de la vida estuvo en el mar. No es extraño entonces que ante el mar sintamos algo especial, como el placer de los niños cuando juegan en el agua.

Del espacio, porque sin este el crecimiento es imposible. Para cualquier elemento, el átomo está compuesto en un 99% de espacio, y sólo el 1% de protones, neutrones y electrones. Esta razón va más allá de la evolución desde un medio marino. Al encerrar a las personas en ciudades, se les privó de libertad, pues esta se asocia con espacio, y el espacio en las ciudades es siempre limitado. Hay ciudades que por su mala planificación urbana, resultan

francamente asfixiantes. En cambio, el mar es un espacio caracterizado por la inmensidad de su extensión, que nos permite dejar vagar la vista y con ella la mente, generando sensaciones que sólo una palabra puede sintetizar, y al mismo tiempo englobar en todos sus sentidos: libertad.

En el poema 14 de su libro su libro *Las Flores del Mal*, publicado en 1861 y hecho suyo por los Hermanos de la Costa, Charles Baudelaire dice: “¡Hombre libre, siempre adorarás el mar! El mar es tu espejo, contemplas tu alma en el desarrollo infinito de su oleaje”. Sin embargo, el mar, símbolo de libertad, de espacios infinitos y largos viajes, parece presentar una contradicción evidente con la vida a bordo, que se desarrolla en espacios estrechos como los que se encuentran en un barco. En verdad, la literatura marítima nos dice que la libertad de los marinos está hecha de sueños, de lugares lejanos, de no hacer como los otros. En la antigüedad, muchos se embarcaban para huir de la ley, de la pobreza, o eran borrachos raptados cuando eran encontrados durmiendo en las calles.

A veces, existe en el corazón de los seres humanos el deseo revolucionario de crear un mundo mejor, que no sea reflejo del mundo que abandonan, y el mar parece un vasto espacio donde sólo mandan las leyes de la naturaleza. Es por eso que junto al mar se sienten a un paso de la libertad, en forma física y figurada. Para otros, la curiosidad por saber que hay al otro lado de la superficie marina, la “piel del océano” en palabras de Herman Melville, resulta simplemente irresistible. Esa libertad a menudo es pagada a un alto precio, pues el mar suele tomar con rapidez lo que da con parsimonia.

Nuestro hermano Andrés Sabella, decía que “el mar es para los chilenos la primera sugestión del horizonte”. Indudablemente su vasta extensión invita a la audacia, a asumir el riesgo de internarse en él, a imaginar embarcaciones en qué hacerlo, a desarrollar técnicas de navegación que expresen el respeto de los marinos por la naturaleza en su confrontación con los elementos. Pero los marinos profesionales suelen creer que sólo ellos pueden entrar en simbiosis con la inmensidad de los océanos, que sólo ellos advierten el juego perpetuo del viento y las olas, de las aves marinas y el cielo, del horizonte que escapa a la velocidad de la embarcación en que lo perseguimos.

Además de su sentido concreto, literal, que permite la comunicación del concepto, el mar ha llevado al ser humano a darle en todas las culturas con litoral marino un valor figurativo, simbólico, asociado a la libertad, que ha sido utilizado repetidamente en la literatura y el cine para expresar esa noción. Ello se debe a que los símbolos encierran contenidos que son aprendidos, y en los países con litoral, la cultura justamente destaca la íntima relación de la gente con el mar, su medio de vida o de sobrevivencia. Buen ejemplo de ello son las sagas escandinavas, la literatura marina de los países de habla inglesa, o la de Francia. También en Chile tuvimos una interesante literatura marina, con escritores como Manuel Rojas, los Hermanos de la Costa Salvador Reyes, Carlos Rozas Larraín, y Enrique Bunster, o poetas como el hermano Andrés Sabella o Pablo Neruda, que hicieron soñar con la mar. Ya no más.

Lo que hace interesantes a los símbolos, es que su significado puede cambiar dependiendo del contexto en que se lo emplea. En algunas películas que he visto, y libros que he leído, el mar es el espacio en el que los personajes se refugian de las agresiones de su entorno. Simboliza la liberación posible, la lejanía, el espacio que se atraviesa para alcanzar el lugar soñado. Es símbolo de la dinámica de la vida, lugar de transformaciones y renacimientos. En otras películas y otros libros, es un elemento de purificación o de gozo, y parece como si lavara todas las heridas. En ellas, las secuencias de mar lo presentan como un paisaje abierto bajo un cielo inmenso, aclarado por un sol brillante como invitando a fugarse de la sociedad. El agua en movimiento, como las olas y las mareas, simboliza un estado transitorio entre los posibles aún informales, y las realidades formales, una situación de ambivalencia, de incertidumbre, de duda, de indecisión, que puede resultar bien o mal. De allí que la mar es a la vez imagen de la vida, o de la muerte. Como vemos, una vez echada nuestra imaginación al viento, la mar es todo, e incluso es mucho más que eso.

Sucede lo mismo con las mareas. En cierto modo, el mar es un espacio vivo y es ese rechazo y fascinación lo que nos conecta con él", relata.